

Sobre el *capitalismo feminista*.

Primera parte de mi intervención en las *III Jornadas de Cine y Psicoanálisis: el deseo*. Campus María Zambrano (Segovia), Universidad de Valladolid. 12 de marzo, 2019.

Empiezo por el principio, es decir, por el título que le he puesto a mi intervención.

Como veis, he adjetivado al capitalismo como siendo feminista.

¿Por qué? Porque me parece que, a día de hoy, es políticamente importante poner de manifiesto la estrecha relación histórica entre el capitalismo y el feminismo, el hecho de que el capitalismo y el feminismo nacieron a la vez, el hecho de que ambos surgieron en el contexto tanto de la revolución francesa, que tuvo lugar entre 1789 y 1799, como de la revolución industrial, que se inició en Gran Bretaña a finales del siglo XVIII.

Si le he querido dar peso a esta relación histórica entre el capitalismo y el feminismo, es porque su aparición pareja ya pone sobre el tapete la cuestión crucial del sentido político de esta relación: ¿va el feminismo en contra del capitalismo o, más bien, va a su favor?

Lo primero que hay que subrayar es que el feminismo no es políticamente homogéneo; es, por el contrario, políticamente heterogéneo: *grosso modo*, está el ‘feminismo de la diferencia’, que es el feminismo de izquierdas que aboga por mantener abierto el problema político central de la diferencia sexual, de la diferencia hombre/mujer; y el ‘feminismo de la igualdad’, que es el feminismo de la llamada izquierda radical (abrazado también por la derecha liberal), el cual se caracteriza básicamente por: 1. definir e imponer lo que es (y lo que no es) “correcto” (es decir que se trata de un feminismo moralista); 2. promover la confusión entre la igualdad y el igualitarismo, cuando, en realidad, una cosa es la lucha por la igualdad jurídica y económica entre hombres y mujeres y otra cosa diferente es negar el hecho real de la diferencia sexual: el hecho de que *no es lo mismo* nacer con un cuerpo de hombre que nacer con un cuerpo de mujer, como tampoco son iguales los caminos (de contenido incierto) bien hacia la masculinidad, bien hacia la femineidad—; 3. desplazar/reprimir el lugar político-histórico central de las mujeres (heterosexuales y/o homosexuales) en el movimiento feminista con el argumento jesuita de la compasiva ‘inclusión’ de ‘los desfavorecidos’ (transexuales, etc.).

Lectura recomendable: Victoria Sendón de León: “¿Qué es el feminismo de la diferencia? (una visión muy personal)”: <https://www.mujeresenred.net/spip.php?article1985>.

Si bien el feminismo es originalmente un discurso crítico con el capitalismo (véanse abajo las semblanzas de las pioneras), no obstante, el discurso feminista dominante en la actualidad, el discurso institucionalizado del ‘feminismo de la igualdad’, siempre ha ido, y sigue yendo, a favor del capitalismo. Por eso digo que el capitalismo es feminista.



Manifestación de las sufragistas a principios del siglo XX. El sufragismo fue un movimiento feminista puritano constituido por mujeres británicas y estadounidenses de la burguesía liberal que lucharon por “el derecho al voto de la mujer” burguesa (que pudieran votar las mujeres propietarias de una casa, que no las mujeres ni los hombres de la clase obrera)¹. La lucha por el voto era el primer paso para lograr acceder al poder económico e institucional *en igualdad* de condiciones que los hombres burgueses.

¹ El origen de este movimiento es “La declaración de sentimientos de Séneca Falls en 1848”, declaración firmada por 68 mujeres y 32 hombres de la burguesía liberal estadounidense.

A diferencia del ‘feminismo de la diferencia’ (valga la redundancia), el feminismo de la igualdad siempre se ha caracterizado por estar al servicio del discurso capitalista.



La ultraconservadora Margaret Thatcher, “la dama de hierro”, fue Primera Ministra del gobierno británico desde 1979 hasta 1990.

Y por eso históricamente el feminismo de la igualdad ha sido objeto de análisis crítico tanto por parte de algunos hombres –por ejemplo, Friedrich Nietzsche o Sigmund Freud– como por parte de algunas mujeres, como las teóricas marxistas Rosa Luxemburgo y Clara Zetnik



Rosa Luxemburgo (1871-1919).



Clara Zetkin (1857-1933).

o la teórica y activista anarquista Emma Goldman.



Emma Goldman (1869-1940).



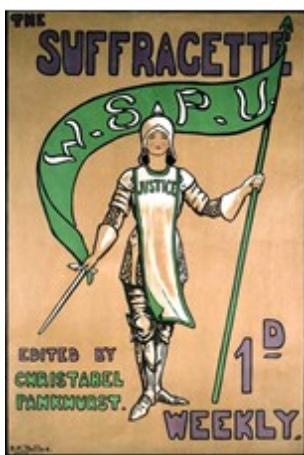
Sin embargo, desde los años 80 del siglo pasado (cuando se impone el neoliberalismo salvaje vía Margaret Thatcher y Ronald Reagan), esta alianza entre el capitalismo y ‘el feminismo de la igualdad’ ha sido meticulosamente ocultada por medio de la escritura de la historia del feminismo. Por un lado, se censura el hecho de que la historia reciente del feminismo (el feminismo de los años 60-70) está marcada por violentas luchas entre sus corrientes políticas antagónicas. Por otro lado, por medio de la escritura de la historia (y también por medio de las industrias culturales, incluida la industria universitaria) se hace coincidir el nacimiento del feminismo con el nacimiento del feminismo de la

igualdad, es decir, con el nacimiento del movimiento de las sufragistas. Es decir que se desplaza el nacimiento del feminismo desde finales del siglo XVIII a principios del siglo XX:



Sara Gavron, 2015. Telefilme: *Ángeles de hierro*, Katja von Garnier, 2004.

Este desplazamiento no es inocente, puesto que situar el nacimiento del feminismo en el movimiento sufragista (que es *la segunda ola*) supone un intento de cortar de raíz con *la primera ola* feminista (“las pioneras” de la Ilustración) así como permite convertir el feminismo en un movimiento de masas anónimo al servicio de los intereses (represores) de la burguesía.



**UNIDAS
PODEMOS.**

Women's social and political union.

Unión política y social de las mujeres.

Tal y como denunció en su día la teórica marxista Rosa Luxemburgo, las sufragistas abanderaron “la unión de las mujeres” no porque quisieran conseguir la igualdad jurídica de los sexos ante la ley, no porque quisieran ir en la dirección de que las mujeres tuvieran mayor libertad (tuvieran más posibilidades de elegir qué querían hacer con sus vidas), no porque quisieran liberar a las mujeres de la maternidad forzada o de las peligrosas prácticas abortivas por medio de los anticonceptivos. Tampoco porque quisieran una realización efectiva de los derechos democráticos (las sufragistas se opusieron enérgicamente al voto universal, es decir a que, aparte de los hombres burgueses y de ellas mismas, pudieran votar las mujeres y los hombres trabajadores).

Más bien, las sufragistas abanderaron la idea de la unión de las mujeres con la idea de utilizar la temida fuerza callejera de las mujeres de la clase obrera para sus propios fines y en su propio beneficio. Con la unión de *todas las mujeres*, lo que las sufragistas pretendían era valerse tanto de la organización política como del carácter combativo de las trabajadoras (quienes no sólo eran mucho más numerosas sino que, además, ya estaban organizadas políticamente en sindicatos y partidos marxistas y anarquistas) para presionar a los hombres burgueses (a los hombres de su clase) a que accediesen a satisfacer su demanda de compartir con ellas el poder económico e institucional al 50%.

Fue para dinamitar esta estrategia de las sufragistas burguesas que, durante el II Encuentro Internacional de Mujeres Socialistas en 1910, Clara Zetnik propuso la creación del «Día de Solidaridad Internacional entre las mujeres proletarias». Escogiendo la fecha del 8 de marzo de 1857 (día en el que un grupo de trabajadoras de la industria textil salió a las calles de NY para denunciar sus míseras condiciones laborales), se trataba de celebrar una jornada de huelga general internacional no para reivindicar la igualdad entre hombres y mujeres (como nos tratan de vender ahora las feministas de la igualdad), sino justamente para demostrarle a la burguesía la solidaridad de las mujeres trabajadoras con los hombres trabajadores, para demostrar que las mujeres trabajadoras no iban a caer en la trampa que les estaban tendiendo las mujeres burguesas, que ellas no tenían ninguna intención de abandonar a los hombres de su clase en la lucha obrera para ayudar a las burguesas en su acceso a las esferas del poder.

Al final, si las sufragistas británicas consiguieron el voto para las mujeres propietarias de una casa y mayores de 30 años en 1918 (es decir cuando terminaba la IGM) fue porque el gobierno las quiso premiar por haber conseguido despertar durante la guerra “el sentimiento nacionalista” de las trabajadoras



y que estas, consecuentemente, se alistaran de forma masiva a un ejército auxiliar de mujeres



en el cual miles perdieron la vida por los intereses económicos y geo-estratégicos del Imperio Británico.

Aquí radica la dimensión política y ética de la historiografía. El feminismo no arrancó con *el movimiento* de las sufragistas, sino que arrancó con la obra artística y filosófica de una serie de mujeres singulares que vivieron entre la segunda mitad del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XX. Menciono brevemente a cinco de estas mujeres que con su obra y con su vida sentaron las bases del feminismo moderno:



Olympe de Gouges (1748-1793), dramaturga y filósofa política, defensora de la abolición de la esclavitud –*Reflexiones sobre los hombres negros* (1788), *El mercado de los negros* (1790)– y autora de la *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana* (1791) “para ventaja de todos y no para utilidad particular”.

En esta declaración propone que “la mujer nace libre y permanece igual al hombre en derechos”, siendo estos derechos: “la libertad, la propiedad, la seguridad y, sobre todo, la resistencia a la opresión”. También se reivindica aquí, como “uno de los derechos más preciosos de la mujer”, “la libre comunicación de los pensamientos y de las opiniones”.



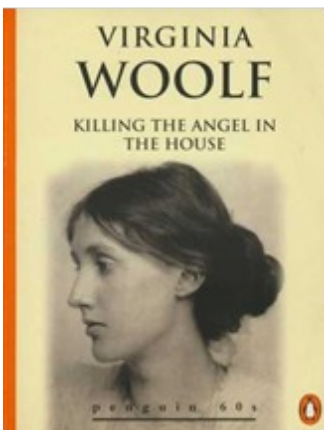
Mary Wollstonecraft (1759-1797), filósofa británica que publicó en 1792 *Vindicación de los derechos de la mujer: crítica acerca de asuntos políticos y morales*. Fue una de las primeras escritoras profesionales y económicamente independientes de Londres. Se preocupó especialmente por la educación de las mujeres, para liberarlas de la superstición y de los convencionalismos. Viajó a Francia para vivir la Revolución francesa en primera persona. Allí mantuvo una relación sentimental y tuvo una hija con un escritor estadounidense. De vuelta en el Reino Unido, se enamoró del filósofo William Godwin, uno de los precursores del movimiento anarquista, con quien tuvo otra hija, Mary Shelley, autora de *Frankenstein* (1823).



Flora Tristán (1803-1844), pensadora socialista francesa, autora de *La unión obrera* (1843), creadora de la consigna “proletarios del mundo, uníos”, que retomarían Marx y Engels en su *Manifiesto Comunista* (1848), y autora también de *La emancipación de la mujer* (1845-1846).



Malwida von Meisenbug (1816-1903), influyente intelectual revolucionaria alemana, autora de "Juramento de mujer" (1850) y de *Memorias de una idealista* (1876), libro "imprescindible para todo espíritu libre", según el criterio del filósofo Friedrich Nietzsche.



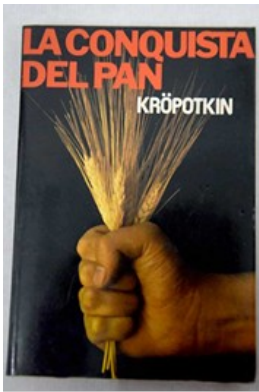
Virginia Woolf (1882-1941) fue una escritora vanguardista británica perteneciente al círculo modernista de Bloomsbury (grupo al que pertenecían también el escritor E.M. Forster, el economista J. M. Keynes, la pintora Dora Carrington o los filósofos Bertrand Russell y Ludwig Wittgenstein, entre otros). Junto a su marido, fundó Hogarth Press, la editorial que publicó en Gran Bretaña la obra de Sigmund Freud. Es especialmente conocida por su frase: "una mujer debe tener dinero y una habitación propia, si quiere escribir" y por su llamamiento a que las mujeres se quitaran de encima ese "fantasma" que es el ideal cultural puritano de que 'la mujer' es 'un ser angelical', víctima de los males del mundo.

Si bien estas primeras feministas fueron mujeres muy diferentes entre sí, todas ellas comparten el hecho de que se tomaron muy en serio tanto los valores de la Ilustración como su propio malestar en la cultura capitalista. Estas feministas pioneras se dieron cuenta de que el capitalismo utilizaba los valores de la Ilustración (igualdad, fraternidad y libertad) para fines contrarios a estos valores.

El valor ilustrado de la igualdad ante la ley,



es traicionado por el sistema económico capitalista, puesto que este se basa y se sostiene en la injusta desigualdad entre, por un lado, los burgueses (que son los propietarios de los medios de producción y/o de la tierra) y, por otro lado, los trabajadores asalariados (que carecen de medios de producción y/o de tierra),



1892.

y que, por tanto, se ven forzados para sobrevivir a vender su fuerza de trabajo en el mercado laboral.

El valor ilustrado de la fraternidad es traicionado por el orden social capitalista porque este sistema económico se basa y necesita que los individuos rechacen establecer vínculos afectivos o amorosos con 'los diferentes', con los que no son *como ellos*.



Jane Austen (1775-1817) retrata en sus novelas las dificultades de los enlaces románticos entre hombres y mujeres de clases sociales diferentes-

De ahí que el feminismo universitario anglosajón, desde la década de los 80 (la *queer theory*), haya ido radicalizando (a la que se ha ido radicalizando el capitalismo, que diría Bertol Brecht) no ya su rechazo a la diferencia sexual (se impone el término-concepto de 'género' –femenino/masculino– sobre el de 'sexo': hombre/mujer) sino su criminalización de las relaciones heterosexuales. Por ejemplo:

Irantzu Varela @IrantzuVarela: El sexo heterosexual se parece, demasiado a menudo, a una violación [#EsUnaGuerra](#)

Wikipedia: "Irantzu Varela Urrestizala **es una empresaria**, periodista y militante feminista española. Es coordinadora de Faktoria Lila además de una de sus fundadoras, también es fundadora y presentadora de El Tornillo, microespacio feminista de La Tuerka".

Finalmente, pero no menos importante, el valor ilustrado de la libertad es traicionado por la ética protestante-religiosa del capitalismo, una ética que hace girar la vida no en torno al propio deseo, sino en torno al trabajo



"El trabajo os hará libres". Entrada de un campo de concentración nazi.